



Zacatecas.

VII

LA RETIRADA DEL SALTILLO Á ZACATECAS.

Con el glorioso cadalso de todos los principales caudillos iniciadores de la independencia, seres abnegados y tenaces que habían sido el activo y poderoso espíritu de la insurrección de los mexicanos contra el despota poderío español, hubo de creerse por un momento en que todo había terminado en un infecundo aborto y que de nuevo más potente que nunca continuaria la dominante altivez insolente de los virreyes, del alto clero, y de las clases privilegiadas, señores feudales del siglo XIX... ¡Trágico eclipse!...

Los grandes cerebros directores de la revolución habían sido aniquilados en el Norte... y la sangre de Allende parecía poner rojo punto final al trágico capítulo de la iniciación de independencia en el sufrido reino de Nueva España.

Mas no fué así. Una revolución como la iniciada por Hidalgo, tenía causas profundas y lóbregos antecedentes en el mismo pueblo, en las mismas clases productoras de la Colonia, servilmente explotadas y ultra-

jadas en sus más caros intereses, heridas en sus más legítimos orgullos, para poder ser aniquilada y muerta en un instante, aunque fuese por golpe tan contundente y formidable como el que daba el realismo dominador español, dando muerte á los primeros campeones, arrebatándoles sus fuerzas, debido á nefanda traición como fué la que el maldito Elizondo combinara para venganza de su mezquino y vil orgullo y al par por contentamiento de sus aviesas miras de sórdidos intereses.

No... no había expirado la causa de la Libertad... Morelos en el Sur ya mostraba, como lo vamos á ver, un genial talento improvisador de ejércitos, generales y adalides, marchando de triunfo en triunfo por entre las agrias sierras, admirable estratego de una energía magna y de un valor á toda prueba. Pero á principios de 1811 aun no inspiraba serias inquietudes al gobierno virreinal.

Pero en el Saltillo quedaba un terrible caudillo improvisado como todos, pero magníficamente dotado para dirigir dilatadas campañas, Don Ignacio López Rayón.

Era el secretario particular de Hidalgo y en Guadalupe le fué conferido el título de Secretario de Estado y del Despacho en el gobierno insurgente, acompañando á los caudillos iniciadores durante la batalla de Calderón, en la que, previendo el desastre, tuvo la prudencia de salvar los caudales del ejército, cerca de trescientos mil pesos, llevándolos á Zacatecas escoltados por buenos guerrilleros, para conducirlos luego hasta el lejano Saltillo.

Los jefes independientes determinaron una formal retirada hacia el Norte, pues ya el interior, ocupado

por fuerzas realistas, pertenecía de hecho á la causa del antiguo régimen. Las tropas virreinales más y más robustas, con más pertrechos de guerra que enviaba desde el centro el virrey y con más crédito desde los últimos fracasos de los independientes, provistas de víveres, bien remuneradas, con instrucción y severa disciplina, mandadas por el talento militar y la energía del brigadier Calleja avanzaban hacia el Norte en fracciones, amenazando por el Occidente ir á rebasar la columna en retirada de Hidalgo y Allende, estrechando en lo más intrincado de las sierras las guerrillas fieles de algunos cuantos bravos insurgentes, quienes por desgracia, sin que pudiera ser de otro modo, obraban sin concierto ni dirección hacia determinado objetivo. Agréguese á esto que las primitivas operaciones en el Sur, ejecutadas por Morelos y los que principiaban á seguirle, no estaban aún en armonía y relación con las que emprenderían las fuerzas del Norte en el Saltillo.

En esta villa fué donde se le confirió á Ignacio Rayón el grado de General, dejándolo en ella con gran parte de las fuerzas y de los caudales mientras los capitanes iban á los Estados Unidos en pos de sólido auxilio.

Después de la infamia de Elizondo, Rayón, en el Saltillo, aun sin tener noticia de ella, la adivina al recibir supuesta orden de Allende para entregar las tropas al mismo traidor.

Entonces surge el hábil, el práctico, el enérgico y general militar... Rayón, abogado antes, se transforma en jefe... pero no en mediano y vulgar capitancillo capaz de batirse hasta morir al frente de cien ó doscientos hombres; no, sino en un duro y fiero paladin,

con el complicado genio de organizador, estratégico y táctico y aun político que debe caracterizar á todo comandante de fuerzas, que debe operar en retirada contra muy superiores tropas, sin elementos aquél, y éstas teniéndolos en abundancia, ocupando un vasto país...

Ahora sí... ahora sí vamos á ver lo que es una magnífica operación militar, audaz y bien meditada, precisa y táctica, ejecutada por un general bisoño, pero por ello, más admirable aún!...

El tráfuga general Iriarte, que, ya acompañaba á las tropas de Hidalgo, ya se pasaba con las de Calleja para instruirle de todo... que malversó los caudales de la insurgencia, escapa — seguramente por tratados secretos — al lazo del vil Elizondo, y vuelve al Saltillo con mil y tantos hombres sin duda para vender las divisiones de Rayón. Pero éste sagaz y sobre aviso acerca de la conducta de Iriarte, queriendo hacer salvable ejemplar, lo sujeta á un consejo de guerra que condena á muerte al venal Iriarte.

Las tropas de Calleja, cerca de cuatro mil hombres, las de Durango y destacamentos de Coahuila con las mismas de Elizondo, van apretándose en arco en torno del Saltillo para cazar á Rayón y los suyos con los tesoros principales del extinguido ejército de Hidalgo y Allende... Rayón, aislado, sin comunicaciones ni viveres, en una población pobre y no defendible, comprende que tiene que escapar del cerco de hierro que estrechan sus enemigos.

¡Terrible problema!... ¿Hacia dónde huir en aquellas estériles llanuras, en los desiertos áridos del Norte entonces pavorosamente despoblados de toda vida?

Allí llegaba una avalancha que le aplastaría; del Sur

ascendía lentamente otra... y de Occidente las fuerzas provinciales de Durango avanzaban sobre él.

Tuvo un rasgo de audacia y genio : dirigirse hacia Zacatecas, sin agua ni bagajes suficientes, abriéndose paso á través de las tropas realistas.

Constaban las fuerzas del General Rayón de las que le dejaron Allende é Hidalgo, de las de Iriarte y de los dispersos de Acatita de Baján, haciendo un total de tres mil quinientos hombres mal armados en su mayor parte y veintidós cañones al mando de los jefes Torres, un valiente y leal caudillo; Villalongín, espléndido y audaz guerrillero; Amaya; Arista, un menguado bandido que desertó á la hora del peligro; Rosales, bravo capitán; Ponce, otro vil desertor que intentó acogerse al indulto del Virrey, y José María y Francisco Rayón, hermanos del General.

Este, con gran energía, antes de partir desarmó las tropas de las milicias provinciales que le habian jurado ser fieles; pero de los que sospechó que se pasarían á sus enemigos en cuanto partiera, seducidos ó amenazados por ellos, enérgica disposición que admiró á sus tenientes, mas tal es el influjo del valor sereno, mesurado, decidido y tenaz que no encontró resistencia, y aquellas fuerzas entregaron sus armas á un general que meses antes era un pacífico abogado.

Cuentan los historiadores, según documentos comprobantes, que el pequeño ejército de Rayón en nada se parecía á las chusmas de Hidalgo... El espíritu perfectamente moralizador de este nuevo jefe hizo prodigios por instruir y disciplinar sus tropas, separando cuanto elemento malsano ó podrido podría encontrar... Así fué apartando á jefes ambiciosos, á bandidos que sólo iban con él por el medro del botín y del saqueo,

prontos por supuesto á la defección en cuanto la suerte cambiase, ó á vender la causa á sus enemigos; en fin, purificando severamente aquellos grupos... que principiaban á aparecer ya como cuerpos constituidos...

No debemos olvidar que estas cualidades de organización y disciplina en un ejército perseguido y en derrota, retirándose por desiertos sin agua, hacen de un general un héroe... por esto no deben confundirse las tumultuosas fugas con las magistrales retiradas....

Distingamos. En 1812, en Rusia, el Gran Ejército de Bonaparte se dispersa, confunde y emprende la fuga... pero la vieja Guardia y algunos batallones y regimientos seleccionados entre los más duros oficiales, verifican una asombrosa y bravia retirada, sosteniendo *la fuga* de lo que fuera el Grande Ejército Imperial!...

El 26 de Marzo deja Rayón el Saltillo; destaca al frente una vanguardia de buenos jinetes, criollos fieles, armados de machetes y viejas pistolas; haciendo avanzar exploradores á los flancos á grandes distancias, escalonándose, pues pululan las fracciones enemigas que á su vez destacan las tropas del Norte en persecución de los insurgentes.

Ya previamente han sido ocupadas, del Saltillo á Zacatecas, por los realistas, cuantas haciendas y rancharías pudieran servir de acantonamiento á los de Rayón, cegando los pocos manantiales aguajes del camino... con la convicción de que sería imposible que ninguno llegase á Zacatecas.

El noble caudillo sabe esto; pero no desmaya; ni siquiera á su secretario ni amigos comunica tan desconsoladoras noticias.

— ¡Estamos mal aquí; vamos á vivir en Zacatecas

bien!.. ¡Los echamos y nos hacemos de más gente y de más recursos... adelante, muchachos...!

Y principiaron las terribles jornadas : en Agua Nueva y en el Carnero se presentan guerrillas enemigas que pretenden darle carga, mas las pone en fuga el excelente pelotón de jinetes del Norte con sus lanzas y reatas.

El 1° de Abril el jefe realista Ochoa, el mismo que cooperó á la ignominiosa celada en que cayeran los invictos primeros caudillos, se presenta altanero á cerrarle el camino de Zacatecas formando dos mil hombres en línea de batalla muy extensa y tras ella una columna de reserva de novecientos hombres, mientras un escuadrón de cien va á rodear los cerros á retaguardia del exiguo convoy de Rayón.

Éste, bien advertido por sus exploradores, no se deja sorprender... se sitúa en las faldas de varias lomas en zig-zags, poniendo en los flancos lo mejor de su artillería, y en el centro é intermedios las secciones de infantería y piquetes de caballería.

Comprende que debe por su inferioridad permanecer á la defensiva, esperando un instante en que se hagan claros en el frente enemigo para tomar la ofensiva *metiendo una buena cuña* de caballería para destrozár en varias fracciones al enemigo, envolviéndolo.

Así fué, aunque no sin terribles incidentes.

Los realistas vieron que la derecha de Rayón, mandada por el bravo Torres, era el punto más débil y llano, y que podía en ese rumbo la caballería pesada dar cargas excelentes... Así es que acometieron aquéllos con un denuedo tal á los gritos de :

— ¡Á ellos! — ¡Viva el Rey! ¡ Á ellos! que cejó la

caballería insurgente no pudiendo poner en salvo á fuerza de reatas todos los cañones de la batería que guarnecía aquel flanco... Rayón, con lo mejor de sus reservas en el centro, estaba á la expectativa y ya se disponía á reforzar la derecha amenazada por el mismo Ochoa, cuando ve que ya están sobre su retaguardia los dragones realistas que intentan llevarse los carros de equipajes... Al frente de la mitad de sus lanceros, Rayón va contra los victoriosos, y con gran algarada los espanta; tornan los honderos-peones á su línea; y á su vez envuelven á los dragones á cuyos caballos hieren en los hocicos; hay confusión y desorden en los realistas y triunfo para los insurgentes en el ala izquierda... Torres entonces los persigue en tanto que allá, desde la cima flanqueadora de una loma, Don José María, hermano de Rayón, que manda una pequeña batería en aquel baluarte natural, enfila á los fugitivos, quienes abandonan no sólo lo que habían tomado sino sus mismas piezas, huyendo del campo de batalla... Los jefes realistas se han aglomerado en el ala opuesta tratando de envolver por aquel punto; pero destrozada la izquierda el centro ceja... falta de apoyo... El General insurgente arenga en tres frases épicas á sus jinetes del centro, aún intactos, y de súbito los impulsa con tal brío y al estruendo de tal tempestad de triunfo hacia el ala donde el combate le es adverso, que Ochoa no espera la acometida y ordena la retirada, la cual se ejecuta en dispersión, abandonando también los cañones ganados, mas llevándose por desgracia los carros de las odres de agua — más preciosas aún que aquéllos.

Sin orden de su jefe, la caballería victoriosa inició una carga sobre los prófugos; pero Rayón tuvo que

impedirla enérgicamente al grado de imponerse pistola en mano á la persecución.

¿Por qué no se persiguió al enemigo que huía en plena derrota?... ¿Por qué no se hizo mover nuestra caballería, casi fresca en buena parte, contra Ochoa, que se llevaba la remonta insurgente y los carros del agua?

Claro que un golpe decisivo sobre la retaguardia enemiga, confusa, en retirada, hubiera sido el postrer aniquilamiento de los realistas; pero téngase en cuenta, y en esto va un elogio á la prudencia de Rayón, que éste no tenía ya reservas, que no tenía agua — más preciada en aquellos desiertos que el oro y la pólvora — y que la caballería en la persecución moriría de fatiga y de sed... ¿Tomar el agua al enemigo?... ¡Imposible! caso de verse amagado de quitársela, hubiera mandado romper las odres y aquel líquido precioso hubiera ido á evaporarse en los arenales ingratos de aquellos desiertos...

Tal fué la acción de Piñones, primera decisiva de esa memorable retirada triunfal — ¿por qué no? — del ya temible caudillo Don Ignacio Rayón.

Lo más notable de este combate, de esta pequeña y fiera batalla, fué la serenidad del jefe insurgente, su golpe de vista cuando determina cargar y lo ejecuta en el momento preciso que marca la táctica: cuando el enemigo vacila y momentáneamente está sin sus apoyos — en ese instante tomó Rayón su columna de infantería central de quinientos infantes, y fué cuando lo mejor de sus reservas, ochocientos jinetes, los distribuye en alas de cuatrocientos y á su voz de ataque los empuja briosamente!

De nuevo admiramos al prudente jefe, al táctico

sereno, — impávido combinador á la expectativa, — y arrojado y valerosísimo capitán que carga al frente de lo más granado de los suyos para dar el golpe de gracia á su adversario! Éste dejó en el campo cuatrocientos muertos, dos cañones de á cuatro, armas y buena cantidad de parque.

Con esta victoria quedó en gran parte abierto y casi libre el camino de los insurgentes hacia Zacatecas. Pero aún ¡cuántas siniestras jornadas que recorrer por los áridos desiertos, teniendo por perspectiva la horrible muerte de sed ó la del plomo realista al atacar la anhelada ciudad!

Pero Rayón, habilísimo y enérgico, logra convencer y fortalecer los ánimos flojos, y emprende valerosamente el camino, después de quemar parte del precioso equipaje, los carros y coches; y enterrar los cañones quitados al enemigo, en una barranquilla próxima á Piñones, por no haber bestias que cargaran con todo ello.

Atroces fueron esas jornadas bajo un sol africano en un país devastado y tristísimo, sin la sombra ni la alegría de un árbol, de ardiente y quemado suelo... ¡Ah! la infeliz, la siempre heroica, sobria y sufrida tropa mexicana ha sabido muchas veces, con harto dolor, lo que son esas angustiosas jornadas sin rancho, sin sueño y con atroces fatigas y festinaciones de marchas forzadas á través de ingratas selvas ó de empinadas y ásperas montañas, serpeando por entre agrias sierras... ¡ah! pero bien sabe esa valiente tropa que todo, absolutamente todo, se puede soportar ¡menos la sed!

¡ Ah, la sed!... ¡ La sed!... Tenerla, estar fatigado, sudoroso, en un ambiente de horno, empolvado, con

la boca seca y blanca... los ojos enrojecidos, vacilantes y lacios los miembros!... ¡ muertos de sed y sin agua!... ¡ Eso se llama el infierno!

Vosotros lo sabéis, valientes oficiales, bravos veteranos que leéis estas líneas de pura descripción de campañas gloriosas de otros días, vosotros lo sabéis... ¿ qué cosa peor y más abominable en las marchas forzadas, bajo el sol implacable y en terrenos calientes y secos, polvorientos y blancos, qué cosa peor que la sed?

Ahora bien, el ejército de Rayón continuó sus atrevidas jornadas sin agua, dejando pavorosa estela de cadáveres ó de desesperados enfermos, insolados que era preciso, fatalmente preciso, dejar allí abandonados... pues no había acémilas, ni hombres que pudieran cargar con ellos...

¡ Cuántas veces muchos se mataron para evitar las torturas de la sed! ¡ Cuántos pedían la muerte de manos de sus hermanos de armas como una gracia, como un favor especial!

Cuando el triste ejército solía divisar allá, en las lejanías del horizonte la alegre y fresca silueta de alguna arboleda... ¡ qué tumulto en las masas! — todos gritaban: — ¡ Agua! ¡ Agua!... y corrían sin atender á su formación, ni á las voces de mando de los jefes... todos corrían hacia el manantial soñado y allí se disputaban el agua á sablazos — ¡ y la bebían mezclada con la sangre de sus hermanos!

Una ocasión, ante una noria que había cerca de un lugarejo, fué tal la lucha de la soldadesca por aproximarse á beber, que hubo un serio combate á mano armada y, por fin, la baranda de piedra cejó desmoronándose sobre la noria, y tras el combate en que

hubo cadáveres y heridos, tras de la refriega atroz, nadie pudo beber... ¡No había más que sangre!

Á medida que morían las bestias, se enterraban ó quemaban los carros con provisiones.

Así es que no debe causar extrañeza que en aquel improvisado ejército cundiera el desaliento, la insubordinación, la cólera y la deserción en las filas, dando triste ejemplo de ello, jefes y oficiales.

En aquellas espantosas jornadas de prueba, se mostró más alto, más enérgico y más firme y prudente el genio del invicto Ignacio Rayón.

En el paraje llamado *Las Animas* la exasperación no tuvo límites, y Ponce, uno de los tenientes principales, promovió un motín atroz en el que se instaba á su jefe para que desistiendo de la empresa se acogiesen todos al indulto que por entonces ofrecía el Virrey á los insurgentes que cesaran en la lucha contra su gobierno.

Rayón, perfecto conocedor del arte de la guerra que subdivide en política, organización — administración — estratégica y táctica, tuvo que ser político con su revuelta tropa... hizo aparentes concesiones, les enreda y convence de que trata del bienestar general... y ya calmados los ánimos, siguen adelante todos, procurándose así varias jornadas de calma, aunque de positivo sufrimiento.

Procurando siempre cubrir sus flancos y retaguardia con guerrillas destacadas, tuvo que sufrir reveses trascendentales como cuando, en un combate cerca de un desfiladero, Garduño, oficial insurgente, cae en poder del coronel español Larráinzar, quien, faltando á toda caballeridad, manda azotar á Garduño — ¿no merecía este acto atroces represalias?

Á un flanco del camino que sigue Rayón, á algunas leguas se encuentra la hacienda de San Eustaquio... donde ¡oh dicha! se asegura que hay agua abundante para hombres y bestias.

¡Entusiasmo delirante en el ejército sediento!... ¡Á San Eustaquio!... ¡Á San Eustaquio!... exclaman todos... Pero el general, sereno y digno, contiene tales ímpetus, diciendo que la hacienda está defendida por el mismo menguado Larráinzar con trescientos realistas muy bien armados. Entonces se dispone un furioso ataque á la hacienda, escogiendo los más valerosos jinetes; armándose con buenas pistolas y los mejores sables y lanzas al mando de Don Juan Pablo Anaya, para que en igual número carguen sobre el casco de la finca, poniéndose el ejército á la expectativa de la acometida, para apoyarla en el triunfo ó cubrirla en su retirada.

Anaya era tan astuto como valiente, de suerte que sin pérdida de muchos insurgentes cargó sobre la hacienda de San Eustaquio poniendo en fuga su guarnición.

Allí, con gran algazara, pernoctó el ejército, proveyéndose de agua, ganado, maíz, sal, chile y otras provisiones y dinero de enemiga procedencia.

Más reforzadas siguieron las tropas, lo que no fué obstáculo para que el vil Ponce, que fungía de Cuartel Maestre con doscientos hombres de descubierta, en la jornada siguiente, abandonara el campo, pasándose al enemigo en solicitud del indulto.

En campañas tan terribles como la que vamos describiendo á grandes rasgos es tan decisivo y magnífico el ejemplo del valor, la audacia ó la serenidad ante los fracasos y desastres, haciendo seguir aun á los más

pusilánimes ese ejemplo en virtud de admirable sugestión en las masas electrizadas, como funesto y tristemente desorganizador el de los cobardes que manifiestamente faltan á su deber como soldados y á su dignidad de hombres.

Tal pasó con la desertión de Ponce en el ejército de Rayón : otros oficiales y soldados le imitaron, siendo preciso que aquel valiente Torres y otros bravos jefes emplearan su proverbial energía para reducir al orden y á la disciplina aquel mermado y fatigadísimo cuerpo tan maltratado en las penosas jornadas por los desiertos áridos del norte.

En la hacienda de Pozo Hondo el 11 de Abril, — jueves santo — se dió descanso á la tropa en tanto que el jefe Sotomayor, con quinientos hombres, avanzaba en marchas nocturnas y misteriosas, con todo género de hábiles precauciones, á sorprender la villa y punto fortificado por los realistas, de Fresnillo, lo que consiguió con todo éxito.

En la hacienda del Bañón son destacados los bravos Rosales y Anaya á reconocer cautelosamente la ciudad de Zacatecas, en tanto que el grueso del ejército acampa en el colegio de Misioneros de Guadalupe, á una legua de la población.

Rosales es contenido en Matapulgas y Pánuco por una partida enemiga que lo pone en dispersión; mas el infatigable general Torres va á socorrer á su compañero con buenos jinetes, los que envuelven á los perseguidores realistas; se entabla dura refriega y éstos á su vez son perseguidos hasta el cerro del Grillo donde toman posición los insurgentes de Torres.

Liceaga, que intenta otro reconocimiento, tiene que batirse cerca de la Bufa, donde pensaba acampar

Rayón, y pierde tras reñidísimo combate toda su gente, regresando á Guadalupe sólo con un tambor.

Con estos percances, las tropas de Rayón, de tres mil quinientos hombres con que salió del Saltillo, se habían reducido á menos de mil, mas para sorprender á Zacatecas, hizo entrar en las columnas mujeres, niños, sirvientes, bestias arrastrando troncos de árbol, mantas y carros, figurando que sus tropas eran compactas y de gran frente y profundidad.

Mientras una guerrilla entretenía á las que destrazaron á Liceaga, Torres, en el Grillo, no teniendo artillería para atacar por ese rumbo, ni provisiones para su tropa, manda pedir esto á Rayón y como recibe la respuesta de que como no lo hay lo tome al enemigo, carga sobre él con denuedo y desesperación, gritando á su gente :

— ¡ Mejor moriremos peleando y matando gachupines, que de hambre!...

El teniente coronel Zambrano mandaba en el Grillo las fuerzas realistas que no esperaban tan formidable agresión, y que fueron arrolladas por Torres.

Y, en efecto, bien había dicho éste : los independientes se hartaron en el campamento enemigo, tan bien conquistado, apoderándose de su excelente artillería... ¡ Nuevo ejemplo de lo que puede, en terriblemente críticas circunstancias, la voz de un jefe valiente y sagaz, que sabe sacar partido de la misma angustia y desesperación de sus tropas!

Bien sabido es ahora el ejemplo clásico de Bonaparte á su pobre ejército que va sobre la Italia : ¡ Soldados : no tenemos nada, pero el enemigo tiene todo... ¡ Se lo quitaremos!

El humilde Torres no sabía acaso la legendaria

anécdota, pero la superó con más brío y más nobleza de miras.

El botín fué espléndido: abundantes víveres y municiones; seiscientos fusiles, quinientas barras de plata; acémilas, caballos y algunas piezas de artillería que asestó luego sobre sus antiguos poseedores, amén de obtener archivos, valores en papel y gran correspondencia militar que fué luego utilísima.

Zacatecas, después de haber sido abandonada por los insurgentes, fué fortificada por los realistas como importante plaza, atalaya avanzado hacia los amplios desiertos del Norte. Se le puso una guarnición de cerca de dos mil hombres disciplinados, lo que en aquella época y en aquellos parajes era demasiado.

La llave de la ciudad estaba en el punto dominante del Grillo, donde Zambrano tuvo que retroceder dejando abierta la entrada de Zacatecas, mientras él acosado y molido se retiraba á Jerez, distante diez leguas de la ciudad.

Después de estos brillantes preliminares, prófugo el resto de la guarnición realista, el 15 de Abril de 1811 entra en Zacatecas, triunfal, sereno y noble ante sus tropas, al vuelo de campanas y esquilas, saludado por el pueblo, el valiente y genial Ignacio Rayón, tras de una memorable retirada, — página de gloria en los anales militares mexicanos.

¡Retiradas como éstas equivalen á muchos triunfos... significan el crédito de un ejército y son el renombre súbito y épico de los que antes fueran humildes y oscuros capitanes!

¡Ciento cincuenta leguas á través del desierto, sin víveres, sin agua, sin municiones, pasando sobre las filas enemigas robustas y densas, derrotándolas por el

arrojo y la astucia, tomando agua en los escasos manantiales bajo el fuego adversario, conteniendo los jefes el pánico, el cansancio, el desaliento, la desertión y el motín en las duras jornadas sin rancho, teniendo tras sí las lanzas del Norte y en frente los cañones del Sur, retirarse así durante ciento cincuenta leguas, haciendo quince dias con más combates para caer sobre plaza fortificada y defendida por doble número de hombres, frescos, bien armados... ¡Oh! ejecutar esto!...

¡Solo el sitio de Cuautla, en la misma guerra de Independencia, supera la gloria de esta retirada triunfal!



VIII

CAMPAÑA DE MICHOACÁN

(1811)

Con la muerte de los caudillos de la Independencia que seguían á Hidalgo y Allende; aplastado su ejército en los desiertos del Norte en un tristísimo eclipse en que pareció que la traición proyectaba eterna sombra sobre el continente americano, ocultando el Sol de Libertad, hubo de creerse que toda la insurrección se había extinguido.

Mas ya vimos que de pronto se alza en el Saltillo el firme y talentoso Rayón, símbolo del patriotismo y del valor sereno y calculista, espíritu amante del orden esencialmente militar y político, henchido de voluntad y de energía.

Bien se aprovechó en la triste escuela de los desastres sufridos por sus inhábiles predecesores, por los primeros jefes de la Revolución, de tan duras lecciones como fueron las derrotas de Aculco, Guanajuato, Urepétiro y Calderón, para cambiar de táctica y política.

El arte de la guerra en toda su soberbia amplitud

abarca tres etapas que se completan recíprocamente, sin que sea posible separar una de las otras, necesarias las tres en cualquier instante histórico para dar el resultado definitivo y último de la victoria fructuosa. — Objetivo de la campaña : *Política, Estrategia y Táctica.*

Rayón lo supo comprender á tiempo y obró en el sentido de atender á esos ramos de guerra para lograr el triunfo.

Así fué que al entrar el 15 de Abril de 1811 á Zacatecas, procuró que no hubiese desórdenes, reprimiendo la cólera vencedora de sus tropas que tanto habían sufrido desde el Saltillo, ejerciendo severa policía en la plebe de la ciudad que ansiaba el saqueo de las casas de ricos españoles y de las autoridades realistas. No hubo más ejecución sangrienta que la de uno de los traidores enemigos que fueron causa del asesinato de la partida del jefe insurgente Liceaga durante las operaciones preliminares para ocupar Zacatecas.

Hizo más aún : convocó á los empleados públicos, criollos ó españoles ofreciéndoles continuar en sus cargos si se adherían á la causa de la Independencia, dando á ésta un tinte conciliador con las costumbres y creencias religiosas y políticas de la clase media y aristócrata del México de entonces, pues proclamó un gobierno liberal en nombre del cautivo rey Fernando VII, de España, en poder de los franceses.

Este monarca era simpático entonces en la Nueva España y su cautiverio en Francia lo romantizaba dándole la auréola de un martirio teatral... Así intentaba Rayón atraerse poderosos aliados y devotos á la causa cuya bandera había jurado defender, velándola de aquel modo tras las desgracias de ignorado y lejano rey.

Reunió una junta de notables y en ella fué aprobada la idea en tanto que enviaba un mensaje de negociación política y de avenimiento á Calleja; mientras ganaba tiempo. Continuó en la organización de su ejército, fabricación de armas, fundición de cañones y práctica de ejercicios militares en sus tropas, cuyo vestuario procuraba uniformar en lo posible, mostrándose en suma con una actividad prodigiosa, meditando vastos planes para resistir las fuertes columnas que caerían sobre Zacatecas hacia donde el infatigable Calleja marchaba decidido á aniquilarlo.

Después de un triunfo de las armas insurgentes al mando de Sotomayor, capitán de Rayón, en Ojocaliente, donde el jefe español Bringas, cortaba las comunicaciones con Zacatecas, el general independiente, decidido á evadir batallas campales en las que siempre triunfa el talento veterano de los jefes y la dura disciplina de las tropas bien armadas é instruidas, finge esperar la acometida de Calleja y secretamente parte de Zacatecas llevándose municiones, víveres, artillería, equipo y caudales con cerca de mil hombres dirigiéndose hacia el Sur.

Dejó en aquella plaza la mitad de la guarnición con buena artillería, caballos, carros y dinero — barras de plata y oro — al mando de Victor Rosales, con el objeto de simular que seguía todo el ejército insurgente guarneciendo la ciudad.

Pero Calleja era todo un buen general y tenía su departamento de información y de reconocimientos bien montado y listo para darle la pista de todas las marchas y contramarchas del enemigo. De suerte que supo á tiempo la partida de Rayón cuyo hábil plan comprendió desde luego, ejecutando al punto un avance

de parte de sus fuerzas para que cortando diagonalmente á marchas forzadas, llegaran á cerrar el camino del jefe de los insurgentes. Calleja seguiría con el resto de sus tropas hasta Zacatecas.

Rayón quería con justicia cambiar el teatro de la guerra á Michoacán, — territorio magnífico para una campaña á la defensiva, resistiendo ejércitos superiores, bien armados y disciplinados. Allá entre las montañas de las agrias serranías, por entre las selvas inextricables, vírgenes y salvajes, la campaña de la libertad se eternizaría hasta lo último, desafiando las correctas columnas realistas.

¡ Hacia el Sur!... ¡ Á las montañas, á los bosques, á los barrancos hondos y laberínticos, á las altísimas cimas erizadas de rocas — almenas gigantescas de aquellas formidables ciudadelas — á los negros abismos y á las lúgubres cavernas!... ¡ hacia el Sur!...

Tal era el grito imponente del genio de la guerra nacional...

¡ Ya tronaba por entonces allá lejos en las profundidades de las sierras surianas el cañón victorioso de Morelos!

Calleja, estratega de buena cepa, adivinó el plan de Rayón á quien por sús antiguos éxitos admiraba ya temiéndole como á legítimo rival. Concibió que si el insurgente descendía con su ejército — que se iría engrosando por entre las muchas haciendas, — alcanzaba las abruptuosidades y selvas de Michoacán, lograría un triunfo real, haciéndose de posiciones casi inexpugnables en un país propicio y rico en recursos de todo género.

Era preciso á toda costa impedir tal proyecto, des-

baratando la división de Rayón mientras se apoderaba de la de su teniente Rosales, tranquila en Zacatecas.

El Coronel Emparan, con tres mil hombres y seis cañones, partió á marchas forzadas el 1º de Mayo á cortar el camino del jefe independiente.

Rosales que tenía que partir á la aproximación del enemigo, amenazado y seducido, incapaz de energía, creyendo todo perdido con la marcha rápida de Calleja, se rinde por el indulto y entrega la rica plaza con su guarnición entera, cañones, víveres, equipo, barras de plata, arsenal, imprenta y caudales.

En tanto, la madrugada del 3 de Mayo, ante el rancho del Maguey, Emparan topó con las tropas de Rayón, quien impávido, sereno, evitando como siempre la batalla campal, hizo adelantar lo mejor de su infantería, los equipajes escoltados por la caballería y los caudales conducidos por ochenta oficiales sueltos que debían seguir hasta el pueblo de la Piedad, punto de cita para las otras divisiones de Rosales.

Rayón, con algunos valientes jinetes, artilleros hábiles y una sección de infantería, extendió catorce cañones ante el enemigo que se formaba en extensa línea, la artillería al frente, en el centro la infantería y en las alas la caballería, dirigiéndose todo sobre la derecha de los insurgentes, intentando envolverlos. El jefe de éstos, al notarlos, maniobró rápidamente con su caballería verificando una conversión, fingiendo flanquear á los asaltantes.

Emparan ve entonces su derecha amenazada por un fuerte de tropas con artillería que rebasan su ala, estupefacto de la precisión de maniobras de los independientes... cambia la profundidad de las columnas

realistas, extendiendo más el frente... y avanza con lentitud rompiendo el fuego con su corta pero buena artillería... La de los adversarios contesta con una descarga cerrada terrible... Sigue avanzando el realista, haciendo fuego, hasta notar que han quedado abandonados los cañones y carros enemigos entre cadáveres y equipajes ardiendo cerca de fogatas que levantan densas humaredas.

La maniobra de Rayón para retirar en salvo lo mejor de su pequeño ejército y sus caudales y equipo había sido espléndida, burlando á Emparan que se prometía toda una gran victoria campal.

Lo que ayudó la operación fué la espesa polvareda que en campos de tierra floja levantaban la caballería y los carros... Aprovechando esto Rayón, hizo tender densa cortina de polvo y humo ante un gran frente, — por medio de fogatas y de arrastres de ramas atadas á las acémilas sueltas — logrando enmascarar los movimientos de su división, al fin, solo con oficiales y artilleros, hizo la última descarga á la línea de Emparan que á la sazón avanzaba al asalto, tras sus cañones que de cuando en cuando hacían alto para disparar, continuándose el avance en secciones escalonadas hasta que hubieron de conocer los realistas que el ejército que esperaban se había evaporado!

Cañones inutilizados, sin cureñas, un montón de armas despedazadas, carros hechos pedazos, bestias flacas y un coche volcado en un barranco fué el botín del vencedor. La caballería que destacó en persecución de los insurgentes sólo pudo matar unos cuantos fugitivos, rezagados, haciendo prisioneros á otros que fueron fusilados sobre el campo.

El jefe insurgente sigue el camino de la Piedad donde

cree encontrar la división de Rosales y todo lo salvado en el Maguey; pero tuvo que recibir la noticia de que éste se entregó á Calleja y que aquélla fué diseminada por sus mismos oficiales, quienes sin la animosa dirección de su enérgico jefe, temerosos unos del enemigo, otros codiciando las sumas que llevaban, se dispersaron por los caminos, desertando cobardemente. Muchos de ellos formaron guerrillas que operaron más tarde aisladamente por diversos rumbos.

¡Triste y doloroso episodio en la guerra de Independencia! Y como éste abundan por desgracia en el caos de aquellas luchas en que, por ineludible fatalidad social, hubieron de codearse los valientes abnegados con los cobardes egoístas!...

Y era lo más desconsolador ver que el ejemplo de esas perfidias, venalidades y defecciones atraía á todos los viles y á todos los bandidos que comprendieron que bajo la noble bandera de la sacra revolución, podían medrar impunemente.

Ya las desertiones que sufrió Rayón en sus tropas, en su valiente retirada del Saltillo á Zacatecas, habían propagado la funesta noticia, — fermentando todas las odiosas levaduras de los ejércitos que se improvisan bajo el fuego enemigo.

¿Qué hacer?... se llamaba á las armas á los hombres de los campos y de las ciudades para la guerra libertadora, y de todas partes acudían... ¿Cómo seleccionar? ¿Cómo exigir pruebas de abnegación ó de integridad incólume, cuando no había tiempo ni para inscribir nombres en las listas?

En esta epopeya... la sombra que proyectan estos siniestros crímenes de la bajeza humana, sirve para que luzcan más puros, más limpidos y fulgurantes los seres

que se irguieron sobre todas las miserias, contra todas las fuerzas opuestas, altos y enérgicos.

Así se alza Rayón. Solo y sin recursos en la Piedad, cuando esperaba tener un ejército regularmente armado y equipado, con dinero para la brava campaña que meditaba hacer en Michoacán, yendo á dar la mano á Morelos en el Sur, hasta apoyarse sólidamente en Oaxaca para luego acometer con fulminante punta las provincias internas de Oriente... encontrarse solo y sin recursos en aislado pueblo, cuando tanto se esperaba, es situación para quebrantar el ánimo más entero y abatir el espíritu más alto!

Sin embargo, Rayón no desespera. Tiene la rara cualidad militar de saber organizar tropas, improvisando primero una sección y haciendo con ella prodigios de valor y audacia, tomar recursos al enemigo y en torno de un núcleo triunfal, crear un ejército.

Reune cerca de treinta mil pesos, recoge armas, las manda componer, y repartiéndolas á doscientos hombres, y montando tres cañones abandonados, dirigese á Zamora, robusteciendo su fuerza en el camino hasta tener el doble. Al valiente Antonio Torres, entrega el mando de ella ordenándole se dirija á Pátzcuaro donde habían de reunírsele varias partidas sueltas que se han levantado en rancherías, haciendas y pueblos con gente que es preciso instruir y disciplinar, pues de otro modo, serán perjudiciales á la causa que persigue.

Rayón quedó en Zamora gestionando elementos de guerra, haciéndose de dinero, caballos y armas, escribiendo á sus amigos para que hagan prosélitos y se le reunan para combatir al gobierno virreinal en aquella hermosa tierra michoacana.

Al saberse que el temible Rayón se rehace y que con

nueva fuerza ocupa Zamora y Pátzcuaro, se ordena al jefe de la guarnición realista de Valladolid — Morelia — que antes de que se fortifique Torres en Pátzcuaro, ocupe esta plaza, persiguiéndolo.

Rayón corre en auxilio de Torres, quien en la loma de la Tinaja se atrinchera sólidamente resistiendo el empuje de la tropa realista de Linares en un brioso combate que duró todo el día, verificándose varios asaltos.

Cuando estaban casi vencidos los insurgentes, al caer la tarde, llega Rayón con cincuenta hombres que cargaron con denuedo, desbaratando al adversario que huyó abandonando hasta sus equipajes.

Reunidas las guerrillas diversas de Múzquiz, Navarrete, Torres y otros caudillos que operaban por las quebradas de Michoacán, Rayón tuvo mil quinientos hombres, con los que se propuso atacar Valladolid, aprovechando la victoria de la Tinaja. Pero sabe que han llegado fuerzas respetables á guarnecer mejor la ciudad, y se retira con prudencia, esperando propicia oportunidad, mas no sin que hubiese causado estragos en las filas realistas que salieron á batirle y á las que hizo retroceder tras las trincheras de la plaza.

Establece su cuartel general en Tiripitío y opta por fraccionar su pequeña División en varias guerrillas que deben sostenerse unas á otras, hostilizando al enemigo por diversos puntos á la vez, obrando de concierto, sujetas todas á sus órdenes.

Esas fracciones ocupan los pueblos y villas de Acámbaro, Pátzcuaro, Zocapo, Jerécuaro, Tacámbaro, y otras haciendas y rancherías de importancia, por sus elementos y por su situación estratégica.

En seguida, con una pequeña escolta de buenos jinetes, se dirige hacia Zitácuaro, población floreciente

estratégica y rica, muy á propósito para ser convertida en gran ciudadela, — eje de atrevidas maniobras y *puntas* briosas contra los realistas, al acecho de las poblaciones que desocuparan.

Tuvo la grata nueva, en el camino, de que el comandante insurgente Benedicto López había tomado Zitácuaro, derrotando al sanguinario De la Torre.

Una vez en ésta, reconcentra nuevas fuerzas, las instruye por medio de sargentos prisioneros, utilizando millares de indios en la fortificación de la plaza, la que circunda de anchos fosos susceptibles de anegarse por medio de las aguas de una presa del rumbo de Tierra Caliente; levanta trincheras y coloca baterías en altas escarpaduras que dominan y flanquean las demás obras como inmensos baluartes naturales.

En los caminos obstruye los pasos, anegando los campos, talando las sementeras, incendiando los pastos... haciendo el vacío en torno de la plaza para quitar todo medio de subsistencia al enemigo que intente sitiarla, medio desesperado y terrible, pero necesario en una campaña defensiva, contra un adversario poderoso.

Emparan es designado por el Virrey para tomar la plaza por asalto, y al efecto se presenta con dos mil hombres de las mejores tropas de Calleja, incluso la renombrada Columna de Granaderos, frente á Zitácuaro después de una marcha penosísima.

El 21 de Junio, un mes después de haber entrado en ella Rayón, los realistas se avistan ante la loma de los Manzanillos.

Destaca el jefe dos escuadrones de caballería para forrajear y hacer reconocimientos... llegan cerca del pueblo de San Mateo, y allí un destacamento de insur-

gentes los embiste con tal ímpetu, cortándoles la retirada, que tienen que morder el polvo todos los realistas, sin que ninguno pudiera ir á referir á Emparan su derrota.

Furioso este jefe, destaca una columna de infantería, llevando en sus alas pelotones de caballería para que tomaran unas alturas que dominaban las vías de acceso á la ciudad; pero las tropas que las defienden hacen retroceder la columna y, tomando á su vez la ofensiva, la ponen en fuga y dispersión.

Emparan tiene que acampar malamente á inmediaciones de Zitácuaro, meditando para el siguiente día un vigoroso asalto general contra las codiciadas lomas.

Distribuyó sus tropas en tres columnas paralelas y en dos líneas... en la extrema derecha, dos escuadrones de dragones de México, y en la izquierda, cien dragones de San Luis... La artillería iba al frente de toda la primera línea. En la segunda línea, al centro, cien infantes de Celaya, en la derecha un escuadrón de San Carlos y á la izquierda los tiradores de Río Verde.

Rayón, tras de las lomas con el grueso más mal armado de sus indios honderos, debía resistir y ceder en buen orden, en tanto que lo mejor de su caballería, dividida y oculta en un flanco, esperaba la señal de caer sobre la retaguardia enemiga... La artillería tendría que jugar tras de los parapetos, desde que el enemigo estuviera á su alcance.

Los cañones de Emparan lanzados á la vanguardia de las columnas asaltantes se detienen á tiro y rompen sus fuegos, abriendo camino tras sus estragos al grueso de las fuerzas que siguen avanzando hasta las faldas de las lomas, recibiendo á sus flancos y frente granizadas de piedras y flechas, entre las que tro-

naban de cuando en cuando los disparos de la artillería...

Aún no se traba la lucha cuerpo á cuerpo y ya parece que vacilan y se detienen las cabezas de columna; arremolinanse en sus flancos, los dragones que las afirman; nuevas descargas lanzan las baterías ametrallando á los insurgentes, y en este instante de principio en la acción general, precipitase Oviedo, jefe de la caballería independiente, equivocando la señal que Rayón le indicara para efectuar su carga, así es que, el intrépido capitán embiste con desatinada furia, con toda su caballería contra el centro de las columnas asaltantes de los realistas que los reciben con sus fuegos á quemarropa despedazándolo por completo sin la menor gloria, sin la más mínima ventaja.

En vano Rayón trata de sostener la precipitada maniobra, de tan tristes resultados, avanzando hacia los flancos enemigos, cubiertos por caballería, los más firmes infantes insurgentes... nada puede lograr y antes de verse arrollado, se retira tras de las trincheras de la plaza, conteniendo, en buen orden, la algarada de sus adversarios que ya lanzan gritos de victoria.

Y tras las sólidas fortificaciones, desafía el caudillo insurgente con su escasa fusilería y sus cañones á las columnas realistas detenidas ante el ancho foso que rodea la fuerte Zitácuaro.

Con gran valor se sostienen los asaltantes, rehaciéndose bajo el fuego, las flechas y las piedras, y retroceden para tomar fuerza de impulso, empujando secciones de indios que cargan con inmensas vigas, cestones, balsas, troncos de árboles y escalas para embestir denodadamente la fiera ciudad; pero Rayón, desde las alturas, ha visto los preparativos y, en el instante de la carga enemiga, lanza sobre sus masas granadas de mano, botes

de metralla, cohetes incendiarios con lienzos empapados en aceite y brea, y el fuego convergente de toda su artillería. Tal respuesta produce un gran pánico en los realistas, quienes, mermados, llegan no obstante hasta los fosos de donde se ven obligados á retroceder de nuevo... Apenas algunas secciones de granaderos logran trepar por las trincheras enemigas, escalando otras las más culminantes alturas... todas esas valientes víctimas, dignas de mejor causa, rodaron ensangrentadas al fondo de los barrancos.

Emparan, desesperado, organiza un tercer ataque empleando todas sus reservas, hasta su propia escolta y se pone al frente de ellas; mas no puede coronar la empresa, teniendo que retroceder ante la tempestad y la noche á las ensangrentadas lomas de los Manzanillos, donde instaló su campamento, cobijado entre tanta sombra por la más triste y negra de su derrota.

Durante la noche, para colmo del desastre, Rayón tuvo la ocurrencia de soltar bestias con farolas de papel con velas y mechas encendidas, hacia el campamento enemigo, impulsándolas con piedras que sobre aquellas lanzaban los pilluelos de la plebe.

Los soldados realistas huyeron á la desbandada y en la mayor confusión, presas de un gran pánico, dispersándose entre el fango, bajo un chubasco torrencial...

Decisivo fué el triunfo de Rayón, pues al día siguiente 23 de Junio, Emparan, con menos de mil hombres, emprendió una triste retirada, perseguido por las guerrillas insurgentes, acosado por asaltos nocturnos en sus campamentos, hasta llegar á Toluca con quinientos hombres, enfermo y taciturno.

La causa de la Independencia se levantaba más

potente que nunca, pues mientras Rayón era inexpugnable en Zitácuaro donde habría de organizar un centro de gobierno nacional, Morelos en el Sur realizaba portentosa serie de triunfos.

Furioso el Virrey por el desastre de las columnas que intentaron tomar Zitácuaro, ordenó al triunfante Calleja que, reuniendo lo mejor de las tropas del Centro, provisto de abundantes municiones, gruesa artillería y material de sitio, atacara la rebelde villa donde Rayón desafiaba al Gobierno virreinal, estableciendo una *Junta* de Gobierno insurgente.

Calleja, aleccionado por la derrota de Emparan, acopió numerosos elementos y tropas, y secundado por jefes inteligentes y bravos, tras una marcha también penosísima, logró llegar ante Zitácuaro, la que asaltó vigorosamente, despedazándola con su artillería para incendiarla luego, arrasándola al grado de hacer pasar el arado sobre su asiento, empapado en la sangre de sus pacíficos habitantes, pues á nadie exceptuó su crueldad.

También los pueblos de los alrededores fueron incendiados y derruidos, teniendo que huir los infelices que los habitaban, hambrientos y miserables, por las sierras, perseguidos por las lanzas de los realistas que quisieron borrar de la Nueva España todo lo que recordara Zitácuaro...

¡ Vano intento!.... La heroica villa renacería de sus cenizas para ser de nuevo, cincuenta años después, épico baluarte de la libertad.



IX

LAS GUERRILLAS DEL INTERIOR

(1811)

Imponente espectáculo presentan en el interior de la Nueva España, durante el año de 1811, las múltiples insurrecciones que, siguiendo el numen libertador, van clamando —¡ Independencia!...

Después de las últimas derrotas de los primeros caudillos, y tras su muerte en el Norte lejano y desierto, al desparramarse los grupos y las partidas, sin jefes ni armas, sin disciplina ni objeto, van á sostener la gran causa entre las abruptas serranías donde pueden reponer el ánimo y prevenirlo para nuevas y más felices contiendas.

Era grandísima la extensión en que hubieron de dispersarse las hordas... Y unos por el Oriente, rico y pródigo con su vegetación exuberante, otros hacia el Norte por las ásperas cuestas de la Sierra de Guanajuato, mientras en el ancho Bajío galopaban las audaces guerrillas, desafiando las retaguardias realistas, todos los que anhelaron muerte ó triunfo, hostigaron con brío á